

[www.puntodelectura.es](http://www.puntodelectura.es)

**JULIO CORTÁZAR**

62/Modelo para armar



No serán pocos los lectores que advertirán aquí diversas transgresiones a la convención literaria. Para no citar más que algunos ejemplos, los personajes argentinos pasan del voseo al tuteo cada vez que le conviene al diálogo; un londinense que tomaba sus primeras lecciones de francés se pone a hablarlo con sorprendente soltura (para peor en versión española) apenas ha cruzado el Canal de la Mancha; la geografía, el orden de las estaciones del subterráneo, la libertad, la psicología, las muñecas y el tiempo dejan evidentemente de ser lo que eran bajo el reino de Cynara.

A los posibles sorprendidos les señalo que, desde el terreno en que se cumple este relato, la transgresión cesa de ser tal; el prefijo se suma a los varios otros que giran en torno a la raíz *gressio*: agresión, regresión y progresión son también connaturales a las intenciones esbozadas un día en los párrafos finales del capítulo 62 de *Rayuela*, que explican el título de este libro y quizá se realizan en su curso.

El subtítulo «Modelo para armar» podría llevar a creer que las diferentes partes del relato, separadas por blancos, se proponen como piezas permutables. Si algunas

lo son, el armado a que se alude es de otra naturaleza, sensible ya en el nivel de la escritura donde recurrencias y desplazamientos buscan liberar de toda fijeza causal, pero sobre todo en el nivel del sentido donde la apertura a una combinatoria es más insistente e imperiosa. La opción del lector, su montaje personal de los elementos del relato, serán en cada caso el libro que ha elegido leer.

«Quisiera un castillo sangriento», había dicho el comensal gordo.

¿Por qué entré en el restaurante Polidor? ¿Por qué, puesto a hacer esa clase de preguntas, compré un libro que probablemente no habría de leer? (El adverbio era ya una zancadilla, porque más de una vez me había ocurrido comprar libros con la certidumbre tácita de que se perderían para siempre en la biblioteca, y sin embargo los había comprado; el enigma estaba en comprarlos, en la razón que podía exigir esa posesión inútil.) Y ya en la cadena de preguntas: ¿Por qué después de entrar en el restaurante Polidor fui a sentarme en la mesa del fondo, de frente al gran espejo que duplicaba precariamente la desteñida desolación de la sala? Y otro eslabón a ubicar: ¿Por qué pedí una botella de Sylvaner?

(Pero esto último dejarlo para más tarde; la botella de Sylvaner era quizá una de las falsas resonancias en el posible acorde, a menos que el acorde fuese diferente y contuviera la botella de Sylvaner como contenía a la condesa, al libro, a lo que acababa de pedir el comensal gordo.)

*Je voudrais un château saignant*, había dicho el comensal gordo.

Según el espejo, el comensal estaba sentado en la segunda mesa a espaldas de la que ocupaba Juan, y así su imagen y su voz habían tenido que recorrer itinerarios opuestos y convergentes para incidir en una atención bruscamente solicitada. (También el libro, en la vitrina del boulevard Saint-Germain: un repentino salto adelante de la portada blanca NRF, un venir hacia Juan como antes la imagen de Hélène y ahora la frase del comensal gordo que pedía un castillo sangriento; como ir a sentarse obedientemente en una mesa absurda del restaurante Polidor, de espaldas a todo el mundo.)

Desde luego Juan debía ser el único parroquiano para quien el pedido del comensal tenía un segundo sentido; automática, irónicamente, como buen intérprete habituado a liquidar en el instante todo problema de traducción en esa lucha contra el tiempo y el silencio que es una cabina de conferencias, había hecho trampa, si cabía hablar de trampa en esa aceptación (irónica, automática) de que *saignant* y *sanglant* se equivalían y que el comensal gordo había pedido un castillo sangriento, y en todo caso había hecho trampa sin la menor conciencia de que el desplazamiento del sentido en la frase iba a coagular de golpe otras cosas ya pasadas o presentes de esa noche, el libro o la condesa, la imagen de Hélène, la aceptación de ir a sentarse de espaldas en una mesa del fondo del restaurante Polidor. (Y haber pedido una botella de Sylvaner, y estar bebiendo la primera copa del vino helado en el momento en que la imagen del comensal gordo en el espejo y su voz que le llegaba desde la espalda se habían

resuelto en eso que Juan no sabía cómo nombrar, porque cada cadena o coágulo no eran más que una tentativa de situar al nivel del lenguaje algo que se daba como una contradicción instantánea, que cuajaba y huía simultáneamente, y eso no entraba ya en el lenguaje articulado de nadie, ni siquiera de un intérprete avezado como Juan.

En todo caso no había por qué complicar los hechos. El comensal gordo había pedido un castillo sangriento, su voz había concitado otras cosas, sobre todo el libro y la condesa, un poco menos la imagen de Hélène (quizá por más cercana, no más familiar pero más próxima a la vida de todos los días, mientras que el libro era una novedad y la condesa un recuerdo, curioso recuerdo por lo demás porque no se trataba tanto de la condesa como de Frau Marta y de lo que había pasado en Viena en el Hotel Rey de Hungría, pero todo era en última instancia la condesa y finalmente la imagen dominante había sido la condesa, tan clara como el libro o la frase del comensal gordo o el perfume del Sylvaner).

«Hay que admitir que tengo una especie de genio para festejar las nochebuenas», pensó Juan sirviéndose la segunda copa a la espera de los *bors d'oeuvre*. De alguna manera el acceso a lo que acababa de sucederle era un poco la puerta del restaurante Polidor, el haber decidido, de golpe y sabiendo que era estúpido, empujar esa puerta y cenar en esa triste sala. ¿Por qué entré en el restaurante Polidor, por qué compré el libro y lo abrí al azar y leí también al azar una frase cualquiera apenas un segundo antes que el comensal gordo pidiera un bife casi crudo? Apenas intente analizar meteré todo en la consabida

fiambarrera reticular y lo falsearé insanablemente. A lo sumo puedo tratar de repetir en términos mentales esto que ha ocurrido en otra zona, procurando distinguir entre lo que formaba parte de ese brusco conglomerado por derecho propio y lo que otras asociaciones pudieron incorporar parasitariamente.

Pero *en el fondo* sé que todo es falso, que estoy ya lejos de lo que acaba de ocurrirme y que como tantas otras veces se resuelve en este inútil deseo de comprender, desatendiendo quizá el llamado o el signo oscuro de la cosa misma, el desasosiego en que me deja, la instantánea mostración de otro orden en el que irrumpen recuerdos, potencias y señales para formar una fulgurante unidad que se deshace en el mismo instante en que me arrasa y me arranca de mí mismo. Ahora todo eso no me ha dejado más que la curiosidad, el viejo tópico humano: descifrar. Y lo otro, la crispación en la boca del estómago, la oscura certidumbre de que por allí, no por esta simplificación dialéctica, empieza y sigue un camino.

Claro que no basta, finalmente hay que pensar y entonces el análisis, la distinción entre lo que forma verdaderamente parte de ese instante fuera del tiempo y lo que las asociaciones le incorporan para atraerlo, para hacerlo más tuyo, ponerlo más de este lado. Y lo peor será cuando trates de contarle a otros, porque siempre llega un momento en que hay que tratar de contarle a un amigo, digamos a Polanco o a Calac, o a todos a la vez en la mesa del *Cluny*, esperando quizá vagamente que el hecho de contarle desencadene otra vez el coágulo, le dé por fin un sentido. Estarán allí, escuchándote, y también estará Hélène, te harán preguntas, querrán ayudarte a

recordar, como si el recuerdo sirviera de algo despojado de esa otra fuerza que en el restaurante Polidor había sido capaz de anularlo como pasado, mostrarlo como cosa viva y amenazante, recuerdo escapado de su dogal de tiempo para ser, en el mismo instante en que desaparecía otra vez, una forma diferente de vida, un presente pero en otra dimensión, una potencia actuando desde otro ángulo de tiro. Y no había palabras, porque no había pensamiento posible para esa fuerza capaz de convertir jirones de recuerdo, imágenes aisladas y anodinas, en un repentino bloque vertiginoso, en una viviente constelación aniquilada en el acto mismo de mostrarse, una contradicción que parecía ofrecer y negar a la vez lo que Juan, bebiendo la segunda copa de Sylvaner, contaría más tarde a Calac, a Tell, a Hélène, cuando los encontrara en la mesa del *Cluny*, y que ahora le hubiera sido necesario poseer de alguna manera como si la tentativa de fijar ese recuerdo no mostrara ya que era inútil, que estaba echando paladas de sombra contra la oscuridad.

«Sí», pensó Juan suspirando, y suspirar era la precisa admisión de que todo eso venía de otro lado, se ejercía en el diafragma, en los pulmones que necesitaban espirar largamente el aire. Sí, pero también había que pensarlo porque al fin y al cabo él era eso y su pensamiento, no podía quedarse en el suspiro, en una contracción del plexo, en el vago temor de lo entrevisto. Pensar era inútil, como desesperarse por recordar un sueño del que sólo se alcanzan las últimas hilachas al abrir los ojos; pensar era quizá destruir la tela todavía suspendida en algo como el reverso de la sensación, su latencia acaso repetible.

Cerrar los ojos, abandonarse, flotar en una disponibilidad total, en una espera propicia. Inútil, siempre había sido inútil; de esas regiones cimerias se volvía más pobre, más lejos de sí mismo. Pero pensar cazadoramente valía al menos como reingreso en este lado, y así el comensal gordo había pedido un castillo sangriento y de golpe habían sido la condesa, la razón de que él estuviera sentado frente a un espejo en el restaurante Polidor, el libro comprado en el boulevard Saint-Germain y abierto en cualquier página, el coágulo fulminante (y también Hélène, por supuesto) en una concreción instantáneamente desmentida por su incomprensible voluntad de negarse en la misma afirmación, disolverse en el acto de cuajar, quitándose importancia después de herir de muerte, después de insinuar que no era nada importante, mero juego asociativo, un espejo y un recuerdo y otro recuerdo, lujos insignificantes de la imaginación ociosa. «Ah, no te dejaré ir así», pensó Juan, «no puede ser que una vez más me ocurra ser el centro de esto que viene de otra parte, y quedarme a la vez como expulsado de lo más mío. No te irás tan fácilmente, algo has de dejarme entre las manos, un pequeño basilisco, cualquiera de las imágenes que ahora ya no sé si formaban parte o no de esa explosión silenciosa...» Y no podía impedirse sonreír mientras asistía, testigo sardónico, a su pensamiento que le alcanzaba ya la percha del pequeño basilisco, una asociación comprensible porque venía de la *Basilisken Haus* de Viena, y allí, la condesa... El resto lo invadía sin resistencia, era hasta fácil apoyarse en el hueco central, eso que había sido plenitud instantánea, mostración a la vez negada y escondida, para incorporarle ahora un cómodo

sistema de imágenes analógicas conectándose con el hueco por razones históricas o sentimentales. Pensar en el basilisco era pensar simultáneamente en Hélène y en la condesa, pero la condesa era también pensar en Frau Marta, en un grito, porque las criaditas de la condesa debían gritar en los sótanos de la Blutgasse, y a la condesa tenía que gustarle que gritaran, si no hubiesen gritado a la sangre le habría faltado ese perfume de heliotropo y marisma.

Sirviéndose otra copa de Sylvaner, Juan alzó los ojos hasta el espejo. El comensal gordo había desplegado *France-Soir* y los títulos a toda página proponían el falso alfabeto ruso de los espejos. Aplicándose, descifró algunas palabras, esperando vagamente que así, en esa falsa concentración, que era a la vez voluntad de distracción, tentativa de repetir el hueco inicial por donde se había deslizado la estrella de evasivas puntas, concentrándose en una estupidez cualquiera como descifrar los títulos de *France-Soir* en el espejo y distrayéndose a la vez de lo que verdaderamente importaba, acaso la constelación brotaría intacta del aura todavía presente, se sedimentaría en una zona más allá o más acá del lenguaje o de las imágenes, dibujaría sus radios transparentes, la fina huella de un rostro que sería a la vez un clip con un pequeño basilisco que sería a la vez una muñeca rota en un armario que sería una queja desesperada y una plaza recorrida por incontables tranvías y Frau Marta en la borda de un pontón. Tal vez ahora, entrecerrando los ojos, alcanzara a sustituir la imagen del espejo, territorio intercesor entre el simulacro del restaurante Polidor y el otro simulacro vibrando todavía en el eco de su disolución; quizá

ahora pudiera pasar del alfabeto ruso en el espejo al otro lenguaje que se había asomado al límite de la percepción, pájaro caído y desesperado de fuga, aleteando contra la red y dándole su forma, síntesis de red y de pájaro en la que solamente había fuga o forma de red o sombra de pájaro, la fuga misma prisionera un instante en la pura paradoja de huir de la red que la atrapaba con las mínimas mallas de su propia disolución: la condesa, un libro, alguien que había pedido un castillo sangriento, un pontón al alba, el golpe de una muñeca destrozándose en el suelo.

El alfabeto ruso sigue ahí, oscilando entre las manos del comensal gordo, contando las noticias del día como más tarde en la zona (el *Cluny*, alguna esquina, el canal Saint-Martin que son siempre la zona) habrá que empezar a contar, habrá que decir algo porque todos ellos están esperando que te pongas a contar, el corro siempre inquieto y un poco hostil al comienzo de un relato, de alguna manera están todos allí esperando que empieces a contar en la zona, en cualquier parte de la zona, ya no se sabe dónde a fuerza de ser en tantas partes y tantas noches y tantos amigos, Tell y Austin, Hélène y Polanco y Celia y Calac y Nicole, como otras veces le toca a alguno de ellos llegar a la zona con noticias de la Ciudad y entonces te toca a ti ser parte del corro que espera ávidamente que ese otro empiece a contar, porque de alguna manera en la zona hay como una necesidad entre amistosa y agresiva de mantener el contacto, de saber lo que ocurre ya que

casi siempre ocurre algo que alcanza a valer para todos, como cuando sueñan o anuncian noticias de la Ciudad, o vuelven de un viaje y entran otra vez en la zona (el *Cluny* por la noche, casi siempre, el territorio común de una mesa de café, pero también una cama o un *sleeping car* o un auto que corre de Venecia a Mantua), la zona entre ubicua y delimitada que se parece a ellos, a Marrast y a Nicole, a Celia y a monsieur Ochs y a Frau Marta, participa a la vez de la Ciudad y de la zona misma, es un artificio de palabras donde las cosas ocurren con igual fuerza que en la vida de cada uno de ellos fuera de la zona. Y por eso hay como un presente ansioso aunque ninguno de ellos esté ahora cerca del que los recuerda en el restaurante Polidor, hay salivas de asco, inauguraciones, floricultores, hay Héléne siempre, Marrast y Polanco, la zona es una ansiedad insinuándose viscosamente, proyectándose, hay números de teléfono que alguien discará más tarde antes de dormirse, vagas habitaciones donde se hablará de esto, hay Nicole luchando por cerrar una valija, hay fósforo que se quema entre dos dedos, un retrato en un museo inglés, un cigarrillo que golpea contra el borde del atado, un naufragio en una isla, hay Calac y Austin, búhos y persianas y tranvías, todo lo que emerge en el que irónicamente piensa que en algún momento tendrá que ponerse a contar y que acaso Héléne no estará en la zona y no lo escuchará aunque en el fondo todo lo que él vaya a decir sea siempre Héléne. Bien puede suceder que no solamente esté solo en la zona como ahora en el

restaurante Polidor donde los otros, incluso el comensal gordo, no cuentan para nada, sino que decir todo eso sea estar todavía más solo en una habitación donde hay un gato y una máquina de escribir; o quizá ser alguien que en el andén de una estación mira las combinaciones instantáneas de los insectos que revolotean bajo una lámpara. Pero también puede ocurrir que los otros estén en la zona como tantas otras veces, que la vida los envuelva y se oiga la tos de un guardián de museo mientras una mano busca lentamente la forma de una garganta y alguien sueña con una playa yugoslava, mientras Tell y Nicole llenan una valija con desordenadas ropas y Hélène mira largamente a Celia que se ha puesto a llorar de cara a la pared, como lloran las niñas buenas.

Puesto a pensar a la espera de que le trajeran los *hors d'oeuvre*, a Juan no le resultaba demasiado difícil rehacer el itinerario de la noche. Primero, quizá, venía el libro de Michel Butor comprado en el boulevard Saint-Germain; antes había un deambular desganado por las calles y la llovizna del barrio latino, sintiendo como a contrapelo el vacío de la nochebuena en París cuando todo el mundo se ha metido en su casa y solamente quedan gentes de aire indeciso y de alguna manera cómplice, que se miran de reojo en los mostradores de los cafés o en las esquinas, casi siempre hombres pero también una que otra mujer que lleva un paquete quizá como una disculpa por estar ahí en la calle un veinticuatro de diciembre a las diez y media de la noche, y a Juan le habían dado ganas de acercarse a alguna de las mujeres, ninguna

de ellas joven ni bonita pero todas solitarias y como excepcionales, para preguntarle si realmente llevaba alguna cosa en el paquete o si no era más que un bulto de trapos o de diarios viejos cuidadosamente atados, una mentira que la protegía un poco más de ese andar a solas mientras todo el mundo estaba en su casa.

Lo segundo a tener en cuenta era la condesa, su sentimiento de la condesa que se había definido en la esquina de la rue Monsieur le Prince y la rue de Vaugirard, no porque en esa esquina hubiera nada que pudiese recordarle a la condesa como no fuera quizá un pedazo de cielo rojizo, un olor a húmedo que salía de un portal y que bruscamente habían valido como terreno de contacto, de la misma manera que la casa del basilisco en Viena había podido darle en su día un paso hacia el territorio donde esperaba la condesa. O acaso lo blasfematorio, la transgresión continua en que había debido moverse la condesa (si se aceptaba la versión de la leyenda, la crónica mediocre que Juan había leído años atrás, tanto tiempo antes de Hélène y de Frau Marta y de la casa del basilisco en Viena), y entonces la esquina con el cielo rojizo y el portal mohoso se aliaban a la inevitable conciencia de que era nochebuena para facilitar el paso de la condesa, su de otra manera inexplicable presencia en Juan, porque no podía dejarse de pensar que a la condesa tenía que haberle gustado particularmente la sangre en una noche como esa, entre campanas y misa de gallo el sabor de la sangre de una muchacha retorciéndose atada de pies y manos mientras tan cerca los pastores y el pesebre y un cordero que lavaba los pecados del mundo. De manera que el libro comprado un momento antes, el pasaje

de la condesa y entonces sin transición la puerta anodina y lúgubrementemente iluminada del restaurante Polidor, la entrevisión de una sala casi desierta envuelta en una luz que la ironía y el malhumor sólo podían calificar de cárdena, con unas mujeres armadas de anteojos y servilletas, el leve calambre en la boca del estómago, la resistencia a entrar porque no había ninguna razón para entrar en un sitio semejante, el rápido y rabioso diálogo de siempre en esos castigos de la propia perversidad: Sí/ No/ Por qué no/ Tenés razón, por qué no/ Entrá entonces, cuanto más lúgubre más merecido/ Por imbécil, claro/ *Unto us a boy is born, glory hallelujah*/ Parece la morgue/ Es, entrá/ Pero la comida debe ser horrenda/ No tenés hambre/ Es cierto, pero tendré que pedir algo/ Pedí cualquier cosa y bebé/ Es una idea/ Un vino helado, muy helado/ Ya ves, entrá. Pero si había que beber, ¿por qué entré en el restaurante Polidor? Conocía tantos barcitos simpáticos en la orilla derecha por el lado de la rue Caumartin, donde además siempre podría acabar festejando la nochebuena en el retablo de una rubia que me cantaría algún *noël* de la Saintonge o de la Camargue y nos divertiríamos bastante. Por eso, puesto a pensar, lo menos comprensible era la razón por la que finalmente había entrado en el restaurante Polidor después de ese diálogo, dando un empujón casi beethoveniano a la puerta, metiéndome en el restaurante donde ya unos anteojos y una servilleta a la altura del sobaco venían decididamente hacia mí para llevarme a la peor mesa, la mesa camelo de cara a la pared pero con la pared disfrazada de espejo como tal vez tantas otras cosas esa noche y todas las noches y sobre todo Hélène, de cara a la pared porque del

otro lado donde en circunstancias normales cualquier parroquiano hubiera podido sentarse dando el frente a la sala, la respetable dirección del restaurante Polidor había erigido una enorme guirnalda de material plástico con luces de colores para demostrar la preocupación que le merecían los sentimientos cristianos de su amable clientela. Imposible sustraerse a la fuerza de todo eso: si de todas maneras yo había consentido en sentarme a una mesa de espaldas a la sala, con el espejo proponiéndome su estafa por encima de la horrible guirnalda de navidad (les autres tables sont réservées, monsieur/ Ça ira comme ça, madame/ Merci, monsieur/) algo que se me escapaba pero que a la vez tenía que ser profundamente mío acababa de forzarme a entrar y a pedir esa botella de Sylvaner que hubiera sido tan fácil y tan agradable pedir en otra parte, entre otras luces y otras caras.

Suponiendo que el que cuenta contara a su manera, es decir que ya mucho estuviera tácitamente contado para los de la zona (Tell, que todo lo comprende sin palabras, Hélène, a quien nada le importa cuando te importa a ti), o que de unas hojas de papel, de un disco fonográfico, una cinta magnetofónica, un libro, un vientre de muñeca salieran pedazos de algo que ya no sería lo que están esperando que empieces a contar, suponiendo que lo contado no tuviera el menor interés para Calac o Austin y en cambio atrajera desesperadamente a Marrast o a Nicole, sobre todo a Nicole que te ama sin esperanza, suponiendo que empezaras a murmurar un largo poema donde se habla de la Ciudad

que también ellos conocen y temen y a veces recorren, si al mismo tiempo o como una sustitución te fueras sacando la corbata y te inclinaras para ofrecerla, previamente arrollada con mucho cuidado, a Polanco que la contempla estupefacto y termina por pasársela a Calac que no quiere aceptarla y consulta escandalizado a Tell que aprovecha para hacerle trampa en el póker y ganarle el pozo; suponiendo absurdos así, que en la zona y en ese momento pudieran ocurrir cosas semejantes, habría que preguntarse si tiene sentido el que estén ahí esperando que empieces a contar, que en todo caso alguien empiece a contar, y si el buñuelo de banana en que está pensando Feuille Morte no reemplazaría harto mejor esa vaga expectativa de los que te rodean en la zona, indiferentes y obstinados a la vez, exigentes y burlones como tú mismo con ellos cuando te toca a ti escucharlos o verlos vivir sabiendo que todo eso viene de otra parte o se va quién sabe adónde, y que por eso mismo es lo que cuenta para casi todos ellos.

Y tú, Hélène, ¿también me mirarás así? Veré irse a Marrast, a Nicole, a Austin, despidiéndose apenas con un gesto que parecerá un encogimiento de hombros, o hablando entre ellos porque también ellos tendrán que contar, habrán traído noticias de la Ciudad o estarán a punto de tomar un avión o un tren. Veré a Tell, a Juan (porque puede ocurrir que también yo vea a Juan en ese momento, en la zona), veré a Feuille Morte, a Harold Haroldson, y veré a la condesa o a Frau Marta si estoy en la zona o en la

Ciudad, los veré yéndose y mirándome. Pero tú, Hélène, ¿te irás también con ellos, o vendrás lentamente hacia mí con las uñas manchadas de desprecio? ¿Estabas en la zona o te soñé? Mis amigos se van riendo, nos encontraremos otra vez y hablaremos de Londres, de Boniface Perteuil, de la Ciudad. Pero tú, Hélène, ¿habrás sido una vez más un nombre que levanto contra la nada, el simulacro que me invento con palabras mientras Frau Marta, mientras la condesa se acercan y me miran?

—Quisiera un castillo sangriento —había dicho el comensal gordo.

Todo era hipotético, pero se podía admitir que si Juan no hubiera abierto distraídamente el libro de Michel Butor una fracción de tiempo antes que el cliente hiciera su pedido, los componentes de eso que le apretaba el estómago se habrían mantenido dispersos. Y así había ocurrido que con el primer trago de vino helado, a la espera de que le trajesen una coquille Saint-Jacques que no tenía ganas de comer, Juan había abierto el libro para enterarse sin mayor interés de que en 1791 el autor de *Atala* y de *René* se había dignado contemplar las cataratas del Niágara, de las que dejaría una descripción ilustre. En ese momento (estaba cerrando el libro porque no tenía ganas de leer y la luz era pésima) oyó distintamente el pedido del comensal gordo y todo se coaguló en el acto de alzar los ojos y descubrir en el espejo la imagen del comensal cuya voz le había llegado desde atrás. Imposible separar las partes, el sentimiento fragmentado del libro, la condesa, el restaurante Polidor, el castillo sangriento,

quizá la botella de Sylvaner: quedó el cuajo fuera del tiempo, el privilegiado horror exasperante y delicioso de la constelación, la apertura a un salto que había que dar y que él no daría porque no era un salto hacia nada definido y ni siquiera un salto. Más bien al revés, porque en ese vacío vertiginoso las metáforas saltaban hacia él como arañas, como siempre eufemismos o rellenos de la inaprehensible mostración (otra metáfora), y además la vieja de los anteojos le estaba poniendo por delante una coquille Saint-Jacques y esas cosas había que agradecerlas siempre de palabra en un restaurante francés o todo empezaba a andar de mal en peor hasta los quesos y el café.

(De la Ciudad, que en adelante se mencionará sin mayúscula puesto que no hay razón para extrañarla —en el sentido de darle un valor privilegiado por oposición a las ciudades que nos eran habituales— conviene hablar desde ahora porque todos nosotros estábamos de acuerdo en que cualquier lugar o cualquier cosa podían vincularse con la ciudad, y así a Juan no le parecía imposible que de alguna manera lo que acababa de ocurrirle fuese materia de la ciudad, una de sus irrupciones o sus galerías de acceso abriéndose esa noche en París como hubiera podido abrirse en cualquiera de las ciudades adonde lo llevaba su profesión de intérprete. Por la ciudad habíamos andado todos, siempre sin quererlo, y de regreso hablábamos de ella, comparábamos calles y playas a la hora del *Cluny*. La ciudad podía darse en París, podía dársele a Tell o a

Calac en una cervecería de Oslo, a alguno de nosotros le había ocurrido pasar de la ciudad a una cama en Barcelona, a menos que fuera lo contrario. La ciudad no se explicaba, era; había emergido alguna vez de las conversaciones en la zona, y aunque el primero en traer noticias de la ciudad había sido mi paredro, estar o no estar en la ciudad se volvió casi una rutina para todos nosotros, salvo para Feuille Morte. Y ya que de eso se habla, con la misma razón hubiera podido decirse que mi paredro era una rutina en la medida en que siempre había entre nosotros alguno al que llamábamos mi paredro, denominación introducida por Calac y que empleábamos sin el menor ánimo de burla puesto que la calidad de paredro aludía como es sabido a una entidad asociada, a una especie de compadre o sustituto o *baby sitter* de lo excepcional, y por extensión un delegar lo propio en esa momentánea dignidad ajena, sin perder en el fondo nada de lo nuestro, así como cualquier imagen de los lugares por donde anduviéramos podía ser una delegación de la ciudad, o la ciudad podía delegar algo suyo (la plaza de los tranvías, los portales con las pescaderas, el canal del norte) en cualquiera de los lugares por donde andábamos y vivíamos en ese tiempo.

No era demasiado difícil explicarse por qué había pedido una botella de Sylvaner, aunque en el momento de decidirlo no hubiera estado pensando en la condesa puesto que el restaurante Polidor le interponía el descubrimiento entre lúgubre e irónico del espejo, llevándose

su atención por otros lados. A Juan no se le escapaba que de alguna manera la condesa había estado presente en el acto aparentemente espontáneo de preferir el Sylvaner helado a cualquier otro vino de los que enorgullecían al restaurante Polidor, como en otros tiempos habría estado presente a través del recelo y del terror, ejerciendo entre sus cómplices y hasta sus víctimas una fuerza que nacía acaso de la manera de sonreír, de inclinar la cabeza, o más probablemente del tono de la voz o el olor de la piel, en todo caso una influencia insidiosa que no requería una presencia activa, que actuaba siempre como por debajo; y pedir sin reflexión previa una botella de Sylvaner, que contenía en sus primeras sílabas como en una charada las sílabas centrales de la palabra donde latía a su vez el centro geográfico de un oscuro terror ancestral, no pasaba en definitiva de una mediocre asociación fonética. Ahora el vino estaba allí vivo y fragante, ese vino que se había objetivado al margen de lo otro, del coágulo en fuga, y Juan no podía dejar de sentirlo como una burla irónica mientras bebía su copa y la saboreaba en un plano irrisoriamente accesible, sabiendo que no era más que una adherencia sin valor a lo que verdaderamente hubiese querido apresar y que estaba ya tan lejos. Pero en cambio el pedido del comensal gordo tenía otro sentido, exigía preguntarse si el hecho de haber mirado distraídamente el libro de Michel Butor un segundo antes que se escuchara la voz que pedía un castillo sangriento, había establecido una aceptable relación causal, o si en el caso de no haber abierto el libro y tropezado con el nombre del autor de *Atala*, el pedido del comensal gordo hubiera resonado en el silencio del restaurante Polidor

para aglutinar los elementos aislados o sucesivos, en vez de mezclarse anodinamente a tantas otras voces y murmullos en la modorra distraída del hombre que bebía Sylvaner. Porque ahora Juan podía reconstruir el instante en que había escuchado el pedido, y estaba seguro de que la voz del comensal gordo se había hecho oír exactamente en uno de esos huecos que se producen en todo murmullo colectivo y que la imaginación popular atribuye no sin una oscura inquietud a una intervención desacralizada y reducida a broma de buena sociedad: pasa un ángel. Pero no siempre los ángeles se hacen perceptibles a todos los presentes, y así ocurre que alguien dice su palabra, pide su castillo sangriento exactamente en mitad del hueco que el ángel ha abierto en el sonido, y esa palabra adquiere un halo y una resonancia casi insoportables que hay que ahogar de inmediato con risas y frases manidas y un nuevo concierto de voces, sin contar la otra posibilidad que Juan había visto en seguida, la de que sólo para él se hubiera abierto ese agujero en el sonido, puesto que a los comensales del restaurante Polidor poco podía interesarles que alguien pidiera un castillo sangriento en la medida en que para todos ellos no era más que un plato del menú. Si no hubiera hojeado un segundo antes el libro de Michel Butor, ¿se habrían congelado las conversaciones, le hubiera llegado la voz del comensal gordo con esa recortada nitidez? Probablemente sí, incluso seguramente sí, porque la elección de la botella de Sylvaner mostraba una persistencia por debajo de la distracción, la esquina de la rue de Vaugirard seguía presente en la sala del restaurante Polidor, de nada valían el espejo con sus nuevas imágenes, la exploración

del menú y la risa que se quería lustral frente a la guirnalda con las lucecitas; allí estabas, Héléne, todo seguía siendo un pequeño clip con la imagen de un basilisco, una plaza con tranvías, la condesa que de alguna manera lo resumía todo. Y yo había vivido demasiadas agresiones de esos estallidos de una potencia que venía de mí mismo contra mí mismo como para no saber que si algunos eran meros relámpagos que cedían a la nada sin dejar más que una frustración (los *déjà vu* monótonos, las asociaciones significativas pero mordiéndose la cola), otras veces, como eso que me acababa de ocurrir, algo se agitaba en un territorio entrañable, me hería de lleno como un zarpazo irónico que fuese al mismo tiempo el golpe de una puerta en plena cara. Todos mis actos en esa última media hora se situaban en una perspectiva que sólo podía tener sentido desde lo que me había sucedido en el restaurante Polidor, anulando vertiginosamente cualquier enlace causal ordinario. Y así el hecho de haber abierto el libro y mirado distraídamente el nombre del vizconde de Chateaubriand, ese mero gesto que lleva a un lector crónico a echar una ojeada a cualquier página impresa que entra en su campo visual, había como potenciado lo que inevitablemente había de seguir, y la voz del comensal gordo mutilando como se estilaba en París el nombre del autor de *Atala* me había llegado distintamente en un hueco del rumor del restaurante que, sin el encuentro del nombre completo en una página del libro, no se hubiera producido para mí. Había sido necesario que mirara vagamente una página del libro (y que comprara el libro media hora antes sin saber bien por qué) para que esa casi horrible nitidez del pedido del comensal

gordo en el brusco silencio del restaurante Polidor desencadenase el zarpazo con una fuerza infinitamente más arrasadora que cualquiera de las evidencias tangibles que me rodeaban en la sala. Pero a la vez, puesto que mi reflexión se situaba a nivel verbal, a palabra impresa y pedido de un plato, a Sylvaner y castillo sangriento, de nada valía conjeturar que la lectura del nombre del autor de *Atala* había podido ser el factor desencadenante ya que ese nombre había necesitado a su vez (y viceversa) que el comensal gordo formulara su pedido, duplicando sin saberlo uno de los elementos que harían fraguar instantáneamente el todo. «Sí», se dijo Juan terminando la coquille Saint-James, «pero a la vez tengo el derecho de pensar que si no hubiera abierto el libro un momento antes, la voz del comensal gordo se hubiera confundido con el murmullo de la sala». Ahora que el comensal gordo seguía hablando animadamente con su mujer, comentando fragmentos del alfabeto ruso de *France-Soir*, a Juan no le parecía, por más atención que prestaba, que su voz dominara la de su mujer y las de los otros comensales. Si había escuchado (si había creído escuchar, si le había sido dado escuchar, si había tenido que escuchar) que el comensal gordo quería un castillo sangriento, el agujero en el aire tenía que haberlo abierto el libro de Michel Butor. Pero él había comprado el libro antes de llegar a la esquina de la rue de Vaugirard, y sólo al llegar a la esquina había sentido la presencia de la condesa, se había acordado de Frau Marta y de la casa del basilisco, había reunido todo eso en la imagen de Hélène. Si había comprado el libro sabiendo que lo compraba sin necesidad y sin ganas, y sin embargo lo había comprado

porque el libro iba a abrirle veinte minutos después un agujero en el aire por donde se descargaría el zarpazo, toda posible ordenación de los elementos parecía impensable y eso, se dijo Juan bebiendo su tercera copa de Sylvaner, era en el fondo el resumen más aprovechable por decirlo así de eso que le había ocurrido: lección de cosas, demostración de cómo una vez más el antes y el después se le destrozaban en las manos, dejándole una fina inútil lluvia de polillas muertas.

De la ciudad se irá hablando en su momento (hay incluso un poema que se citará o no se citará), así como de mi paredro podía hablar cualquiera de nosotros y él a su vez podía hablar de mí o de otros; ya se ha dicho que la atribución de la dignidad de paredro era fluctuante y dependía de la decisión momentánea de cada cual sin que nadie pudiese saber con certeza cuándo era o no el paredro de otros presentes o ausentes en la zona, o si lo había sido y acababa de dejar de serlo. La condición de paredro parecía consistir sobre todo en que ciertas cosas que hacíamos o decíamos eran siempre dichas o hechas por mi paredro, no tanto para evadir responsabilidades sino más bien como si en el fondo mi paredro fuese una forma del pudor. Sé que lo era, sobre todo para Nicole o Calac o Marrast, pero además mi paredro valía como testimonio tácito de la ciudad, de la vigencia en nosotros de la ciudad, que habíamos aceptado a partir de la noche en que por primera vez se había hablado de ella y se habían conocido sus primeros accesos, los hoteles con verandas

tropicales, las calles cubiertas, la plaza de los tranvías; a nadie se le hubiera ocurrido pensar que Marrast o Polanco o Tell o Juan habían hablado los primeros de la ciudad, porque eso era cosa de mi paredro, y así atribuir cualquier designio o cualquier ejecución a mi paredro tenía siempre una faceta vuelta hacia la ciudad. Éramos profundamente serios cuando se trataba de mi paredro o de la ciudad, y nadie se hubiera negado a acatar la condición de paredro cuando alguno de nosotros se la imponía por el mero hecho de darle ese nombre. Desde luego (todavía hay que aclarar estas cosas) las mujeres también podían ser mi paredro, salvo Feuille Morte; cualquiera podía ser el paredro de otro o de todos y el serlo le daba como un valor de comodín en la baraja, una eficacia ubicua y un poco inquietante que nos gustaba tener a mano y echar sobre el tapete llegado el caso. Incluso había veces en que sentíamos que mi paredro estaba como existiendo al margen de todos nosotros, que éramos nosotros y él, como las ciudades donde vivíamos eran siempre las ciudades y la ciudad; a fuerza de cederle la palabra, de aludirlo en nuestras cartas y nuestros encuentros, de mezclarlo en nuestras vidas, llegábamos a obrar como si él ya no fuera sucesivamente cualquiera de nosotros, como si en algunas horas privilegiadas saliera por sí mismo, mirándonos desde fuera. Entonces nos apresurábamos, en la zona, a instalar nuevamente a mi paredro en la persona de cualquiera de los presentes, a sabernos el paredro de otro o de otros, apretábamos las filas en torno a

la mesa del *Cluny*, nos reíamos de las ilusiones; pero llegaba poco a poco el tiempo en que reincidíamos casi sin advertirlo, y de postales de Tell o noticias de Calac, del tejido de llamados telefónicos y mensajes que iban de destino a destino, se iba alzando otra vez una imagen de mi paredro que ya no era la de ninguno de nosotros; muchas cosas de la ciudad debieron venir de él, porque nadie las recordaba como dichas por otro, de alguna manera se incorporaban a lo que ya sabíamos y a lo que ya habíamos vivido de la ciudad, las aceptábamos sin discusión aunque fuera imposible saber quién las había traído primero; no importaba, todo eso venía de mi paredro, de todo eso respondía mi paredro.

La comida era mala pero por lo menos estaba frente a él, como la cuarta copa de vino helado, como el cigarrillo entre los dedos; todo lo demás, las voces y las imágenes del restaurante Polidor le llegaban por la vía del espejo y quizá por eso, o por estar ya en la segunda mitad de la botella de Sylvaner, Juan acabó sospechando que la alteración del tiempo que se le había vuelto evidente a través de la compra del libro, el pedido del comensal gordo y la tenue sombra de la condesa en la esquina de la rue de Vaugirard, encontraba una curiosa rima en el espejo mismo. La brusca ruptura que había aislado el pedido del comensal gordo y que vanamente había querido situar en términos inteligibles de antes y después, rimaba de alguna manera con ese otro desencadenamiento puramente óptico que el espejo proponía en términos de delante y detrás. Así, la voz que había pedido un castillo

sangriento había venido desde atrás, pero la boca que pronunciaba las palabras estaba ahí en el espejo, delante de él. Juan se acordaba distintamente de haber alzado la vista del libro de Michel Butor y mirado la imagen del hombre gordo en el preciso momento en que iba a hacer el pedido. Desde luego sabía que eso que estaba viendo era el reflejo del comensal gordo, pero de todas maneras la imagen se situaba delante de él; y entonces se produjo el hueco en el aire, el paso del ángel, y la voz le llegó desde atrás, la imagen y la voz se dieron desde direcciones opuestas para centrarse en su atención bruscamente despierta. Y precisamente porque la imagen estaba delante como si la voz viniera desde mucho más atrás, desde un atrás que no tuviera nada que ver con el restaurante Polidor ni con París ni con esa maldita nochebuena; y todo eso rimaba, por decirlo de algún modo, con los antes y los después en los que vanamente había yo querido insertar los elementos de eso que cuajaba como una estrella en mi estómago. De sólo una cosa podía estar seguro: de ese hueco en el rumor gastronómico del restaurante Polidor en el que un espejo de espacio y un espejo de tiempo habían coincidido en un punto de insoportable y fugacísima realidad antes de dejarme otra vez a solas con tanta inteligencia, con tanto antes y atrás y delante y después.

Más tarde, con el sabor a borra de un mal café, caminé bajo la llovizna hacia el barrio del Panteón, fumó refugiado en un portal, borracho de Sylvaner y cansancio, obstinándose todavía vagamente en reavivar esa materia que cada vez se volvía más lenguaje, arte combinatoria

de recuerdos y circunstancias, sabiendo que esa misma noche o al día siguiente en la zona, todo lo que contara estaría irremisiblemente falseado, puesto en orden, propuesto como enigma de tertulia, charada de amigos, la tortuga que se saca del bolsillo como a veces mi paredro sacaba del bolsillo al caracol Osvaldo para alegría de Feuille Morte y de Tell: los juegos idiotas, la vida.

De todo eso iba quedando Hélène, como siempre su sombra fría en lo más hondo del portal donde me había refugiado de la llovizna para fumar. Su fría distante inevitable sombra hostil. Otra vez, siempre: fría distante inevitable hostil. ¿Qué venías a hacer aquí? No tenías derecho a estar entre las cartas de esa secuencia, no eras tú quien me había esperado en la esquina de la rue de Vaugirard. ¿Por qué te obstinabas en sumarte, por qué una vez más oíría tu voz hablándome de un muchacho muerto en una mesa de operaciones, de una muñeca guardada en un armario? ¿Por qué llorabas otra vez, odiándome?

Seguí andando solo, sé que en algún momento me hice llevar hasta el barrio del canal Saint-Martin por mera nostalgia, sintiendo que allí tu sombra menuda se volvería menos enemiga, quizá porque alguna vez habías consentido en caminar conmigo a lo largo del canal, mientras a la altura de cada vago reverbero yo sentía brillar un instante, entre tus senos, el clip con la imagen del basilisco. Vencido por la noche, por el restaurante Polidor, la sensación del zarpazo en pleno vientre cedía como siempre a la inercia: volveríamos a vivir por la mañana, *glory hallelujah*. Fue entonces, creo, cuando de tanta fatiga me vino la oscura comprensión que había buscado con armas inútiles frente al espejo del restaurante Polidor,

y entendí por qué tu sombra había estado todo el tiempo ahí, rondando como rondan las larvas del círculo mágico, queriendo entrar en la secuencia, ser cada uña del zarpazo. Tal vez fue en ese momento cuando al final de un interminable caminar entreví la silueta de Frau Marta en el pontón que se deslizaba sin ruido por un agua como de mercurio; y aunque eso había ocurrido en la ciudad, al término de una interminable persecución, ya no podía parecerme imposible ver a Frau Marta en esa nochebuena de París, en ese canal que no era el canal de la ciudad. Me desperté (hay que darle un nombre, Hélène) en un banco, al alba; todo me facilitaba una vez más la explicación atendible, el sueño donde se mezclan los tiempos, donde tú, que en ese momento dormirías sola en tu departamento de la rue de la Clef, habías estado conmigo, donde yo había llegado hasta la zona para contar esas cosas a los amigos, y donde mucho antes había cenado como en un banquete fúnebre, entre guirnaldas y alfabetos rusos y vampiros.

Entro de noche a mi ciudad, yo bajo a mi ciudad  
donde me esperan o me eluden, donde tengo que huir  
de alguna abominable cita, de lo que ya no tiene nombre,  
una cita con dedos, con pedazos de carne en un armario,  
con una ducha que no encuentro, en mi ciudad hay  
[duchas,  
hay un canal que corta por el medio mi ciudad  
y navíos enormes sin mástiles pasan en un silencio  
[intolerable  
hacia un destino que conozco pero que olvido al  
[regresar,

hacia un destino que niega mi ciudad  
donde nadie se embarca, donde se está para quedarse  
aunque los barcos pasen y desde el liso puente alguno  
[esté mirando mi ciudad.

Entro sin saber cómo en mi ciudad, a veces otras noches  
salgo a calles o casas y sé que no es en mi ciudad,  
mi ciudad la conozco por una expectativa agazapada,  
algo que no es el miedo todavía pero tiene su forma y su  
[perro y cuando es mi ciudad  
sé que primero habrá el mercado con portales y con  
[tiendas de frutas,  
los rieles relucientes de un tranvía que se pierde hacia un  
[rumbo  
donde fui joven pero no en mi ciudad, un barrio como  
[el Once en Buenos Aires, un olor a colegio,  
paredones tranquilos y un blanco cenotafio, la calle  
[Veinticuatro de Noviembre  
quizás, donde no hay cenotafios pero está en mi ciudad  
[cuando es su noche.

Entro por el mercado que condensa el relente de un  
presagio indiferente todavía, amenaza benévola, allí me  
[miran las fruterías  
y me emplazan, plantan en mí el deseo, llegar adonde es  
[necesario y podredumbre,  
lo podrido es la llave secreta en mi ciudad, una fecal  
[industria de jazmines de cera,  
la calle que serpea, que me lleva al encuentro con eso que  
[no sé,

las caras de las pescaderas, sus ojos que no miran y es el  
[emplazamiento,  
y entonces el hotel, el de esta noche porque mañana  
[o algún día será otro,  
mi ciudad es hoteles infinitos y siempre el mismo hotel,  
verandas tropicales de cañas y persianas y vagos  
[mosquiteros y un olor a canela y azafrán,  
habitaciones que se siguen con sus empapelados claros,  
[sus sillones de mimbre  
y los ventiladores en un cielo rosa, con puertas que no  
[dan a nada,  
que dan a otras habitaciones donde hay ventiladores y  
[más puertas,  
eslabones secretos de la cita, y hay que entrar y seguir por  
[el hotel desierto  
y a veces es un ascensor, en mi ciudad hay tantos  
[ascensores, hay casi siempre un ascensor  
donde el miedo ya empieza a coagularse, pero otras  
[veces estará vacío,  
cuando es peor están vacíos y yo debo viajar  
[interminablemente  
hasta que cesa de subir y se desliza horizontal, en mi  
[ciudad  
los ascensores como cajas de vidrio que avanzan en  
[zig-zag  
cruzan puentes cubiertos entre dos edificios y abajo se  
[abre la ciudad y crece el vértigo  
porque entraré otra vez en el hotel o en las deshabitadas  
[galerías de algo  
que ya no es el hotel, la mansión infinita a la que  
[llevan

todos los ascensores y las puertas, todas las galerías,  
y hay que salir del ascensor y buscar una ducha o un  
[retrete  
porque sí, sin razones, porque la cita es una ducha o un  
[retrete y no es la cita,  
buscar la dicha en calzoncillos, con un jabón y un peine  
pero siempre sin toalla, hay que encontrar la toalla y el  
[retrete,  
mi ciudad es retretes incontables, sucios, con portezuelas  
[de mirillas  
sin cerrojos, apestando a amoníaco, y las duchas  
están en una misma enorme cuadra con el piso  
[mugriento  
y una circulación de gentes que no tienen figura pero  
[que están ahí  
en las duchas, llenando los retretes donde también  
[están las duchas,  
donde debo bañarme pero no hay toallas y no hay  
donde posar el peine y el jabón, donde dejar la ropa,  
[porque a veces  
estoy vestido en mi ciudad y después de la ducha iré a la  
cita, andaré por la calle de las altas aceras, una calle que  
[existe en mi ciudad  
y que sale hacia el campo, me aleja del canal y los tranvías  
por sus torpes aceras de ladrillos gastados y sus setos,  
sus encuentros hostiles, sus caballos fantasmas y su olor  
[de desgracia.

Entonces andaré por mi ciudad y entraré en el hotel  
o del hotel saldré a la zona de los retretes rezumantes de  
[orín y de excremento,

o contigo estaré, amor mío, porque contigo yo he  
[bajado alguna vez a mi ciudad  
y en un tranvía espeso de ajenos pasajeros sin figura he  
[comprendido  
que la abominación se aproximaba, que iba a ocurrir el  
[Perro, y he querido  
tenerte contra mí, guardarte del espanto,  
pero nos separaban tantos cuerpos, y cuando te  
[obligaban a bajar entre un confuso movimiento  
no he podido seguirte, he luchado con la goma insidiosa  
[de solapas y caras,  
con un guarda impasible y la velocidad y campanillas,  
hasta arrancarme en una esquina y saltar y estar solo en  
[una plaza del crepúsculo  
y saber que gritabas y gritabas perdida en mi ciudad, tan  
[cerca e inhallable,  
para siempre perdida en mi ciudad, y eso era el Perro,  
[era la cita,  
inapelablemente era la cita, separados por siempre en  
[mi ciudad donde  
no habría hoteles para ti ni ascensores ni duchas, un  
[horror de estar sola mientras alguien  
se acercaría sin hablar para apoyarte un dedo pálido en  
[la boca.

O la variante, estar mirando mi ciudad desde la borda  
del navío sin mástiles que atraviesa el canal, un silencio  
[de arañas  
y un suspendido deslizarse hacia ese rumbo que no  
[alcanzaremos

porque en algún momento ya no hay barco, todo es  
[andén y equivocados trenes,  
las perdidas maletas, las innúmeras vías  
y los trenes inmóviles que bruscamente se desplazan y ya  
[no es el andén,  
hay que cruzar para encontrar el tren y las maletas se  
[han perdido  
y nadie sabe nada, todo es olor a brea y a uniformes de  
[guardas impasibles  
hasta trepar a ese vagón que va a salir, y recorrer un tren  
[que no termina nunca  
donde la gente apelmazada duerme en habitaciones de  
[fatigados muebles,  
con cortinas oscuras y una respiración de polvo y de  
cerveza, y habrá que andar hasta el final del tren porque  
[en alguna parte hay que encontrarse,  
sin que se sepa quién, la cita era con alguien que no se  
[sabe y se han perdido las maletas  
y tú, de tiempo en tiempo, estás también en la estación  
[pero tu tren  
es otro tren, tu Perro es otro Perro, no nos  
[encontraremos, amor mío,  
te perderé otra vez en el tranvía o en el tren, en  
[calzoncillos correré  
por entre gentes apiñadas y durmiendo en los  
[compartimientos donde una luz violeta  
ciega los polvorientos paños, las cortinas que ocultan  
[mi ciudad.

Hélène, si les dijera que todo lo que están esperando (porque están ahí, esperando que alguien empiece a contar, a poner orden), si les dijera que todo se resume en ese lugar sobre la chimenea de mi casa en París, entre una pequeña escultura de Marrast y un cenicero, donde hay el espacio preciso que siempre reservé para posar tu carta, esa que no me escribiste nunca. Si les dijera de la esquina de la rue de l'Estrapade donde te esperé a medianoche en la llovizna, dejando caer una colilla tras otra en el charco sucio donde temblaba una estrella de saliva. Pero contar, tú lo sabes, sería poner orden como quien diseña pájaros, y también en la zona lo saben y el primero en sonreír sería mi paredro, el primero en bostezar sería Polanco, y también tú, Hélène, cuando en lugar de tu nombre fuera poniendo anillos de humo o figuras de lenguaje. Mira, hasta el final me resistiré a aceptar que eso tuvo que ser así, hasta el final preferiré nombrar a Frau Marta que me lleva de la mano por la Blutgasse donde todavía se dibuja en su niebla de moho el palacio de la condesa, me obstinaré en sustituir a una niña de París por una de Londres, una cara por otra, y cuando me sienta acorralado al borde de tu nombre inevitable (porque siempre estarás ahí para obligarme a decirlo, para castigarte y vengarte a la vez en mí y por mí), me quedará el recurso de volver a jugar con Tell, de imaginar entre tragos de slíovitz que todo sucedió fuera de la zona, en la ciudad si quieres (pero allí puede ser peor, allí pueden matarte), y además estarán los amigos, estarán Calac y Polanco jugando con canoas y laudistas, estará la noche común, la de este lado, la protectora con periódicos y Tell y hora de Greenwich.